

trucción.—El nombre de Lyon será borrado del cuadro de las ciudades de la República.—El conjunto de las casas conservadas se denominará *Ciudad libertada*.—Sobre las ruinas de Lyon se levantará una columna que atestigüe á la posteridad los crímenes y el castigo de los realistas lioneses, con la inscripción: LYON HIZO LA GUERRA Á LA LIBERTAD; LYON NO EXISTE.»

No se prestó Couthon, dicho sea en honor suyo, á ser instrumento de estas venganzas. Las frases que escribió al Comité de Salvación Pública: «La lectura del decreto del doce del primer mes me ha llenado de admiración. Sí, es preciso que Lyon pierda su nombre... De todas las grandes y valientes medidas que la Convención nacional acaba de tomar, una sola se nos había escapado: la de la total destrucción»; estas frases no cuadraban con su pensamiento. Más de una semana dejó transcurrir sin tomar ninguna medida que revelase intención por su parte de ejecutar las órdenes de la Asamblea; y cuando el veintiséis de Octubre se hizo colocar en un sillón y llevar delante de uno de los edificios de la plaza de Bellecour, y golpeó el muro con un pequeño martillo de plata, tuvo buen cuidado de decir: «*La ley te golpea!*», y de no dar orden ninguna á los obreros que le seguían armados de picos y palanquetas, los cuales se volvieron á sus casas sin haber hecho uso de sus instrumentos. Aquello no fué ni un simulacro. Hizo aún más. Enterado de que, no contentos con declamar contra la morosidad de la Comisión de justicia popular que él había instituido, algunos agitadores llegaban hasta ordenar arrestos arbitrarios, Couthon firmó é hizo firmar á sus dos colegas un bando disponiendo que: ninguna persona podría ser privada de la libertad sino «en virtud de orden de los representantes del pueblo, ó mandato de la autoridad constituida»; el ciudadano que encarcelase á otro ó le privase del goce de su propiedad sin orden legítima, «sería considerado como enemigo del pueblo y arrestado»; al funcionario que, abusando de sus funciones, oprimiese á los ciudadanos y se apoderase de sus propiedades, «se le degradaría públicamente y se le expondría durante tres días seguidos en una de las plazas, con un rótulo en que se leyese su nombre, su calidad y las palabras *Prevaricador en sus funciones*; y concluía invitando á los buenos ciudadanos, «en nombre de la patria, de la justicia y de la humanidad», á denunciar á los representantes del pueblo los abusos, injusticias y prevaricaciones de que fuesen víctimas ó tuviesen conocimiento. Resueltamente, Couthon no quería cumplir el decreto. Pero necesitaba para la política prudente y firme que se proponía inaugurar, de puntos de apoyo que no le prestaba Lyon. «El espíritu público, escribía dolorido, se ha perdido en esta desgraciada ciudad... Hace falta una colonia de buenos ciudadanos, que, transportados á una tierra extraña, si vale la palabra, á la República, implanten en ella los principios revolucionarios». Y peor aún que esto era que, en el club de los jacobinos de París se formulaban quejas cada vez más acerbas contra su conducta, en vista de lo cual Couthon, previendo las mortales acusaciones que se atraería á poco que vacilase en

ejecutar el decreto, y no queriendo, por otra parte, cargar con aquella sangrienta responsabilidad, consiguió que se le aceptase la renuncia, siendo reemplazado por dos representantes, perfectamente cortados para presentarse á los lioneses como mensajeros de la muerte: Collot de'Herbois y Fouché.

Más adelante habremos de relatar las fúnebres hazañas de estos vampiros; ahora le toca el turno á la reconquista de Tolón.

Después de la rendición de Marsella, los generales Carteaux y Lapoípe, al frente de unos miles de hombres, se trasladaron á las cercanías de Tolón, acampando al Este y al Oeste de la plaza, el primero en la desembocadura de las gargantas de Ollioules, el segundo en Solliés, con el exclusivo objeto de impedir que el enemigo avanzase fuera de la ciudad. Pero nada intentaron á este efecto los aliados, sin embargo de haber desembarcado fuerzas considerables, nada menos que quince mil hombres, entre ingleses, españoles, napolitanos y piemonteses, á los que servían de sostén un cuerpo de realistas franceses, un regimiento formado con las tripulaciones de los navíos franceses que se habían entregado al inglés, y la flota anglo-española. Y no intentaron nada, porque allí, como en todas partes, la discordia reinaba tanto entre los aliados como entre sus auxiliares los franceses. De éstos, constitucionales y contra-revolucionarios andaban á la greña; de aquéllos, los españoles y los ingleses se miraban con recelo, abroquelados los unos en su fanatismo absolutista y religioso, atentos los otros no más que á guardar para sí el puerto y la flota de Tolón. Estas divisiones les impidieron concertar un plan de operaciones contra los débiles cuerpos de Carteaux y Lapoípe, que, separados por la doble masa rocosa del Faron y de los Pommets, no habrían podido prestarse auxilio. Después de la toma de Lyon, no hubo caso. Los franceses dirigieron entonces todos sus esfuerzos contra Tolón. La cifra de los sitiadores se elevó á más de veinte mil hombres, si bien es de advertir que la mayor parte de ellos eran reclutas, que en su vida habían manejado un fusil. Transcurridas unas semanas de vacilaciones, ensayos y alteraciones en el mando, se confió al cabo la dirección del sitio á un meritisimo general, Dugommier, á quien se proveyó nada menos que de cinco representantes, entre ellos Agustín Robespierre, ó Robespierre el joven, para quien su hermano deseaba en la reconquista de Tolón la misma gloria que Couthon alcanzara en la de Lyon.

Lo primero de todo era atinar con el plan conveniente para atacar aquella fortísima plaza, defendida por una guarnición tan numerosa y por tan poderosa flota. Salió el plan de la cabeza que menos podía esperarse. Había en la artillería un joven capitán, de veinticuatro años de edad, natural de Córcega, de familia oriunda de Toscana, de nombre Napoleón Buonaparte, apellido italiano que los franceses cambiaron en Bonaparte. Pequeño, delgado, nervioso, de ancha frente, pálida tez, fisonomía reflexiva y sombría, llamaba la atención por sus grandes líneas á la romana y su mirada de águila. Habíase educado en

Francia, en la escuela militar de Brienne, y acabados sus estudios, regresó á Córcega, donde se opuso en vano al movimiento separatista que acaudillaba el antiguo jefe de las insurrecciones corsas contra Génova, luego contra Francia, el famoso Paoli, á quien sostenían los ingleses. Por influjo de este partido y el del clero, Córcega, que había abrazado con entusiasmo la revolución del ochenta y nueve, se arrojó luego en brazos de la reacción, al extremo de separarse en Mayo del noventa y tres de la República francesa. El joven Bonaparte, proscrito por el partido separatista, se vuelve á Francia, distinguiéndose por vez primera á las órdenes de Carteaux, en la reconquista de Avignon contra los insurrectos marseleses. En otoño, con ocasión de hallarse en el campamento de Carteaux, de paso para ir á incorporarse al ejército que combatía á los piemonteses en los montes de Niza, uno de los representantes comisionados en aquel ejército, Salicetti, compatriota suyo, se prenda de su inteligencia y vasta instrucción militar, y hace que se quede para prestar sus servicios en el sitio. También otro representante, Robespierre, se interesa vivamente por él, y á instancia de tan poderosos valedores se le encomienda la dirección efectiva de la artillería, á pesar de la inferioridad de su grado. La hermana de los Robespierre, Carlota, escribía más tarde: «Bonaparte tenía muy alta estima de mis dos hermanos; sobre todo, del primogénito...»

Empresa difícilísima, punto menos que imposible, era tomar á Tolón, para un ejército de tierra que no contaba con ninguna fuerza marítima. Levántase esta plaza allá en el fondo de dos radas, la pequeña y la grande, la interior y la exterior, que se comunican por una angostura abierta entre dos promontorios, y la ciñe, por la parte de tierra, el vasto anfiteatro peñascoso del Faron y de los Pommets. Los sitiados habían herizado de fuertes las crestas de estos desfiladeros, y de los dos promontorios que dominan las radas, el que toca á la ciudad coronábalo el fuerte Lamalgue, con sus altos muros, sus sótanos y casamatas y sus doscientos cañones, y sobre el otro, llamado del Eguillette, habían construido los ingleses una vasta ciudadela, capaz para una guarnición de tres á cuatro mil hombres, y que denominaron «Pequeño Gibraltar», revelando con esto su propósito de hacer un segundo Gibraltar de Tolón. Bonaparte estudió detenidamente las defensas de la plaza, las fuerzas y situación del enemigo. Vió con claridad que la suerte de Tolón dependía de la flota inglesa, y que la posición de ésta en el fondo de las dos radas, que parecía constituir la fuerza de la plaza, era realmente causa de su debilidad; porque si los sitiadores se apoderaban del promontorio Eguillette, la flota inglesa quedaría cogida en la pequeña rada como en una ratonera, teniendo que escapar inmediatamente si no quería ser echada á pique por las baterías francesas. Por tanto, el punto decisivo del ataque era el promontorio Eguillette. Conforme á estas bases, Bonaparte desarrolló su pensamiento y lo envió al Comité de Salvación Pública. Admirado quedó Carnot de aquel ingenioso plan, como lo había quedado en la memoria de Hoche sobre la guerra por masas, y lo adoptó

en el acto, refundiéndolo con otro que le había enviado el general en jefe Dugommier.

El veintiocho de Noviembre comenzaron las operaciones. Se simuló primero un ataque al fuerte Malbousquet, que protegía á Tolón hacia el camino de Ollioules. Al día siguiente los sitiados, ganosos de la revancha, efectúan una salida, que afortunada en los comienzos, se trueca, por no detenerse á punto los ofensores, en espantosa derrota, con pérdida de más de quinientos muertos y doscientos prisioneros, entre ellos el general inglés O'Hara. Desde esta hora, la artillería francesa no cesó de bombardear con todo vigor las obras del promontorio Eguillette, preparando el asalto, para el que se esperó la llegada de unos batallones escogidos. Dióse aquél en la noche del diez y seis al diez y siete de Diciembre. En medio de una lluvia torrencial, parten las columnas republicanas resueltamente á la toma del pequeño Gibraltar, que, con sus tres mil hombres, más que menos, sus veinte cañones y varios morteros, se tenía por inexpugnable. En el instante de ponerse en marcha, el anciano general Dugommier dice á uno de sus lugartenientes, Víctor: «Vamos; hay que tomar á todo trance el reducto, si no...» se pasó la mano por el cuello. Tres representantes del pueblo, Robespierre, Salicetti y Ricord, suben sable en mano á la cabeza de las columnas. El cañoneo no cesa. Al relampaguear de los disparos, se distingue la simpática figura de Dugommier, animando á los guerreros con la sonrisa en los labios y la esperanza del triunfo en la frente. A docenas caen los combatientes; nadie se para á contarlos; arriba siempre, hasta la cumbre. En ésta, se traba un combate desesperado, cuerpo á cuerpo. Centenares de bravos ciegan los fosos con sus cadáveres; pero los otros escalan la muralla y toman la ciudadela, siendo muertos ó capturados los tres mil hombres que la defendían. Nunca la bravura republicana había rayado á tal altura. Al apuntar la aurora, los tres mil soldados que ocupaban las restantes obras del promontorio embisten contra los asaltantes; pero son echados hacia el mar y ya no pensaron sino en reembarcarse. Tomado el pequeño Gibraltar, Tolón era de los franceses.

Tan indefectiblemente, que los ingleses adoptaron en el acto la resolución, y la impusieron á sus aliados, de evacuar la plaza. Heridos y enfermos, con la artillería de campaña, son llevados á bordo; las guarniciones abandonan sus puestos desfilando hacia la ciudad. Al observar estos movimientos, los habitantes comprenden que van á ser abandonados, al par que, por otros actos, no tardan en convencerse de que los ingleses no abrigan más que un sólo pensamiento: destruir á Tolón y su marina, ya que no pueden apropiárselos. En efecto, como á las tres de la tarde, el almirante Hood envía al comodoro Sidney Smith á preparar el incendio de los almacenes, talleres, arsenal y navíos. A la vista de estos siniestros aprestos, el sentimiento de la patria se despierta donde menos podía esperarse, en el alma abyecta de los forzados á las galeras, los cuales saltan, rugen y se disponen á salvar lo que altos funcionarios civiles y militares habían entregado al enemigo. Necesitó Smith, para contenerlos, apuntar hacia ellos los cañones. A las diez de

la noche, torbellinos de humo y de llamas comenzaron á ennegrecer los aires é iluminar á Tolón con infernales resplandores. Smith había desempeñado perfectamente su cometido; los suyos lo confesaron. «Sidney Smith, escribieron, á cuya activa intrepidez se había confiado el cuidado de incendiar los almacenes, talleres, arsenal y navíos, ha cumplido este peligroso y extraordinario deber en términos que justifican la elección que se hiciera de él...». Al mismo tiempo, se anuncia á los habitantes que se llevará á los que quieran embarcarse, y de todas las bocacalles salen torrentes de gente, que se precipitan ciegos, frenéticos hacia el muelle, empujándose, oprimiéndose, derribándose hasta el mar. Todos quieren embarcarse á un tiempo, sin reparar en que las lanchas se hundan al peso de tanto gentío. Y no les falta razón para darse prisa, porque no se les admite más que en los barcos de comercio; los buques de guerra los rechazan, hasta con la fuerza. Mas los barcos están ya repletos, zozobran, y las últimas lanchas se alejan del muelle, que sigue atestado aún de inmensa muchedumbre. Entonces ¡qué escena tan desgarradora! De aquellos desgraciados, unos se hincan de rodillas y con las manos, á gestos y á gritos suplican á las lanchas volver; otros se arrojan al mar, que se los traga, y no pocos se hunden el puñal en el pecho y mueren rodando por la arena. «No bosquejaremos, dice Fomini, los horrores de aquella operación, por temor de que se nos tache de parciales ó de apasionados». Digámoslo muy alto. El almirante español fué el primero que se compadeció, dejando subir á última hora á los sugitivos á bordo de sus buques; los napolitanos siguieron el ejemplo; los ingleses cedieron los últimos. La flota aliada partió. Inmediatamente, los forzados, ayudados por el primer destacamento francés que entró en la ciudad, apagaron el fuego y salvaron el arsenal, la cordelería, quince navíos, más ó menos maltratados, y once fragatas. De aquéllos, habían ardido nueve, y tres, con nueve fragatas, se había llevado la flota. Mal parado quedó en esta ocasión el nombre inglés. Sus autoridades hicieron gala de un egoísmo brutal y de una crueldad de caníbales.

Al día siguiente, diez y nueve de Diciembre, los representantes y el ejército entraron en la criminal y desgraciada ciudad. Los principales promovedores de la gran traición habían escapado; sólo quedaban cómplices secundarios ó instrumentos pasivos, infelices que, por su oscuridad, habían contado sustraerse á la persecución de los vencedores. Desgraciadamente, ardía en éstos el furor de la venganza, que llegó al delirio cuando vieron salir del calabozo al representante Beavais, pálido, desencajado, cadavérico; cuando se enteraron de que en aquel mismo hediondo calabozo se había suicidado el otro representante Bayle, por no poder soportar tan crueles tratamientos, y sobre todo, cuando trescientos jacobinos toloneses, salvados milagrosamente de un navío incendiado que les había servido de cárcel, contaron que los realistas habían colgado cadáveres de patriotas juntamente con cuartos de reses en los tornillos mismos de los mataderos, y que habían hecho colgar á un ciudadano de Tolón por haber mandado en el ataque de las Tullerías,

el diez de Agosto, una de las compañías del batallón de los marseleses. Juntóse á esto la circunstancia de que, entre los representantes, había dos que gozaban de gran consideración por haber prestado relevantes servicios combatiendo la contra-revolución en Provenza, pero que estaban huérfanos por completo tanto de afectos humanos como de principios y creencias: el periodista Freron, rival de Marat en violencias, con el solo objeto de ganar popularidad, siquier odiosa, y un antiguo noble, el ex-conde de Barras, osado y vicioso aventurero, que se había propuesto hacer olvidar su origen nobiliario á fuerza de exageraciones y atrocidades. Estos dos representantes idearon superar las terribles venganzas de que á la sazón eran teatro Lyon y Nantes, y labrarse gloria inmarcesible entre los jacobinos fingiendo un castigo extraordinario á «la ciudad infame». Al efecto, convocaron en el Campo de Marte á toda la población varonil que quedaba en Tolón, y la ordenaron por filas. Frente á ella, el ejército formó en cuadro. Los representantes se adelantaron precedidos de los trescientos patriotas salidos de la cárcel, cada uno ostentando una pértiga, con la inscripción en gruesos caracteres: *Prisioneros del Temístocles*; su aparición fué saludada con el grito: *Perezcan los traidores*. Entonces, se intimó á los habitantes de Tolón que saliesen de las filas los que hubieren ejercido funciones en nombre de Luis XVII ó hubieren trabajado á sueldo de los ingleses. Se separaron unos trescientos, á los que se colocó en ringlera delante de los patriotas. Estos se había pensado que fuesen sus jueces; mas para abreviar, se hizo que designasen de entre ellos á doce, los cuales recorrieron la ringlera, preguntaron uno por uno á los acusados y pusieron aparte á los que juzgaban culpables. Sumaron éstos de ciento cincuenta á doscientos, que en el acto fueron ametrallados ó fusilados. Como el general Dugommier y la tropa se negasen á servir de instrumento á estas venganzas, Freron y Barras recurrieron á un batallón de voluntarios compuesto de los jacobinos más fanáticos del Mediodía. Horrible fué en verdad esta ejecución en masa; desgraciadamente la siguieron otras varias.

La reconquista de Tolón, la destrucción del gran ejército vendeano y la expulsión de los alemanes de Alsacia, pusieron fin en la misma semana á la gran campaña del noventa y tres. Libre quedaba el territorio de la República de la guerra civil, excepto en algunos rincones de la Vendée y de la Bretaña; libre, de la invasión extranjera, salvo en dos puntos, el departamento del Norte, donde Valenciennes, Condé y el Quesnai seguían en poder de los austriacos, y los Pirineos orientales, donde los españoles ocupaban algunas posiciones en las montañas y á orillas del mar. Satisfecha y feliz debía sentirse la República. Había vencido á la gran coalición y á los contra-revolucionarios en todas partes, dentro y fuera, en la frontera y en la Vendée, en Lyon y en Tolón. De su seno habían salido energías valiosísimas, cuya existencia jamás se pudo sospechar, y que le devolvían la tranquilidad en el interior y el respecto en lo exterior. ¡Qué hermosa hora para haberse consagrado los republicanos á ganarse dentro á los elementos desafectos mediante el per-